

LITERATURA.

OBRAS DE D. JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL,

MARQUÉS DE CASA JARA.

En este siglo de escepticismo é indiferencia, en cuyo torbellino parece tan lastimosamente la fe de muchos jóvenes, víctimas de la inexperiencia y del irreflexivo amor á la novedad que acompañan la primavera de la vida, es sumamente grato y consolador encontrarse con uno que reuniendo á sus cortos años esclarecidos títulos, pingüe fortuna, entusiasmo por las bellas letras y dilatados viajes, no se haya dejado contaminar por el emponzoñado aliento de la época, y antes bien conserve en sus escritos y en su corazón, las creencias en todo su vigor, la piedad en toda su ternura. Tal nos parece el distinguido escritor D. Juan Manuel de Berriozabal, marqués de casa Jara; y tal les ha de parecer á cuantos se hayan saboreado con la lectura de sus obras. No se desdeña el Sr. de Berriozabal de escribir en prosa, y aun de ocuparse en traducciones que puedan ser útiles á la religión, pero su afición favorita es la poesía: ha nacido poeta, compuso versos desde su niñez, y componiendo versos descenderá al sepulcro. De muy temprana edad había ya traducido algunas composiciones de Lamartine que dió después á luz en 1839, mereciendo su trabajo tanta aceptación que fué luego reimpresso en París, y también en otro lugar que no nombraremos, donde se atacó el derecho de propiedad del autor, y lo que quizás le fué más doloroso, estropeándole lastimosamente muchos versos. Una traducción semejante era ardua empresa para un mozo de pocos años, pero es menester confesar que el Sr. de Berriozabal no se mostró inferior á su empeño.

No podía escogerse trabajo más á propósito para un ensayo del talento poético; porque en él se había de palpar si el traductor sabía mostrarse poeta comprendiendo al poeta; si tenía el sentimiento de la religiosa ternura que respira *El Crucifijo*; si acertaba á expresar el sublime lenguaje del *Angel de la tierra después de la destrucción del globo*, y hacernos oír el acento de la *Desesperación* en la boca del mortal que blasfema de la Providencia.

El Crucifijo que por el doble título de su nombre y de su mérito, ocupa dignamente el primer lugar entre las composiciones traducidas, está vertido al español con suavísima unción, y con aquella belleza grave y melancólica, que tan bien asienta á los recuerdos que excita un *Crucifijo*, recogido del seno de una persona querida que acaba de expirar.

¡Imagen de mi Dios, heredamiento
De precio el más subido,
Que de su yerto labio he recogido
Con su final adiós y último aliento,
Símbolo para mí dos veces santo!
¡Ay, cuántas mi quebranto
Con encendido lloro
Ha bañado tus pies, que amante adoro,
Desde el sacro momento
En que á mis manos trémulas pasaste
Desde el seno de mártir inocente,
Estando tú aun caliente
Con su postrer suspiro que guardaste!
Fugitivo esplendor aun relumbraba
En sus lánguidos ojos de dulzura;
El sacerdote anciano murmuraba
Del dichoso morir el suave canto
De celestial encanto,
Semejante al arrullo de ternura
Con que adormece maternal cariño
Al regalado niño.

De su esperanza pia
En su frente la huella se veía:
En su rostro bañado
De insólita hermosura
Pasajero dolor hubo estampado
Su gracia y el donoso desalíño,
Su majestad la muerte grave y pura.

.....
Del funerario lecho
Un brazo le pendía;
Lánguidamente el otro sobre el pecho
Plegado parecía
Que aun con abrazo estrecho
La dulce imagen de Jesús ceñía.
Su labio se entreabría
Para estrecharle aun; su ánima empero
Entre los santos ósculos ya había
Veloz desaparecido,
Cual perfume ligero,
Que la llama devora aun no encendido.
Todo en su boca frígida dormía,
Los inquietos latidos
Del corazón callaban;
Sus párpados rendidos
Al sueño sepulcral medio caídos
Apenas ver dejaban
Sus ojos de tinieblas circuidos.

En el *Himno del Ángel de la tierra después de la destrucción del globo*, abandona el poeta ese sentimiento de blanda y melancólica ternura y deja que hable la *divina sombra* que no viendo en la tierra

Más que cenizas, miseros despojos
De un lucero difunto,
Más que un hueso de fruta pestilente,
Que ha ya roído del gusano el diente ,

se expresa con aquel acento de sublime dolor que cumple á un querub, que abandona el lucero confiado un día á su guarda, y que no habiendo podido evitar su destrucción, acata los decretos del Eterno;

Y el vuelo remontando
Desde lejos sacude de sus alas
El polvo vil, y aun otra vez se inclina
Para tornarle á ver.....

La sorpresa del ángel, al mirar el globo reducido á un montón de ceniza fría, está expresada con suma maestría: Lamartine hizo un esfuerzo para levantarse á la altura del celeste espíritu; y el joven traductor español no se quedó rezagado en el atrevido arranque: el mismo Herrera no desdeñaría por cierto el siguiente pasaje :

¡Y qué! ¿tú eres, tierra inanimada,
Tú eres la que yo vía
¡Ay Dios! aun no hay un día,
Alanzarte inflamada
Del dedo de Jehová como centella,
Del amor y la vida
En la hoguera encendida?
Con ruboroso velo
Admiración y envidia á toda estrella
Cubrió la faz. Tú descendiste al cielo,
Y los astros saltaron
Al punto que te vieron,
Y las olas de azul apaciguaron
Bajo tu peso su bullir bramante,
Y tu globo espumante
Pacíficas mecieron.
¡Sobre tu tierna frente que aun nacía,
La luna, el sol brillaban á porfía!
Con más grata dulzura
Que tu risueña aurora,
Y más que el medio día

Resplandeciente y pura
La mirada de Dios centelladora
De la vida inmortal aun te vestía.
¿Cuál es tu destino?... ¡En su semilla ahogados
De cuantos seres inmortales lleno
Debiera estar tu seno!
¿Dó están? ¿Es cierto? ¿Es ya ceniza fría
Lo que en la eternidad vivir debía?

Acongójase el pecho al recorrer las terribles páginas de *La Desesperación*, y al encontrarnos con *La respuesta de la Providencia*, parécenos que despertamos de un ensueño infernal en la aurora de un hermoso día. Difícil parecía que en el corazón tiernamente religioso del joven traductor se hallase una cuerda que vibrase tan recio, y que con tan bronco sonido imitase el lenguaje de los condenados; lenguaje que penetra hasta el fondo del alma, y que dejaría en ella una impresión funesta, si luego después que

El hijo de la nada la existencia
Ha maldecido.....

no hablase el Supremo Hacedor defendiendo él propio su causa, y no aterrarse á su débil criatura que blasfemaba lo que no comprendía, diciéndole:

Para ser justo tú tienes un día
Y yo la eternidad.....

La traducción de *El Hombre á lord Byron*, es también propia del terrible genio á quien va dirigida: la siguiente muestra dará á nuestros lectores una idea del desempeño del traductor.

¡Tú, cuyo nombre verdadero el mundo
Ignora todavía, misterioso
Espíritu, mortal, demonio ó ángel,
Cualesquier cosa que tú seas, Byron,
Genio bueno ó fatal, de tus conciertos
La armonía frenética me agrada;
Como me agrada el estallar del rayo
Y de los vientos el feroz rugido

Cuando juntan su voz en las tormentas
De los torrentes al estruendo sordo!
Es tu morada lóbrega la noche,
Tu dominio el horror. Águila adusta,
De los desiertos orgullosa reina,
Así rehuye los floridos prados;
Sólo le agradan, como á ti, las rocas,
Que el invierno nevoso ha encanecido
Y que el rayo partió; sólo le placen
Solitarias riberas, que el naufragio
De sus despojos pálidos sembrara,
O sanguinosos campos que ennegrecen
Los deplorables restos de un combate;
Y mientras pone el nido entre las flores
Cabe el parlero arroyo Filomena,
Ella salva la horrible de Athos cumbre,
Y en el declive de los agrios montes,
Viendo á sus plantas insondable abismo,
El rudo nido impávida coloca;
De palpitantes miembros rodeada,
De ásperas rocas, donde verdinegra
Gotea sin cesar caliente sangre,
Baña su pecho de inhumano gozo
Con los chirridos lúgubres que arroja
La desvalida presa que sus garras
Oprimen, ahogan, hieren, descuartizan,
Y que aun viva devora su atroz pico;
Y en jubilosa majestad se aduerme
Mecida en alas de la gran tormenta.
Semejante al pirata de los aires
Eres, oh Byron; del despecho insano
Son tu más dulce música los gritos:
Tu espectáculo el mal, y tu infelice
Víctima el hombre. Cual Satán tus ojos
Han medido el averno; allí tu alma,
Al sumergirse, á la esperanza ha dicho
Un adiós eternal.

Quien tan felizmente se había ensayado en traducciones semejantes, bien podía acometer empresas de mayor entidad; y el Sr. de Berriozabal se sintió ya con fuerzas para poner la mano en la recomposición ó renovación de un poema épico. Hablamos de la *Cristiada* de Hojeda, publicada por el joven poeta con el título de *Nueva Cristiada*. La rapidez con que vamos examinando las obras del señor de Berriozabal, no nos permite entrar en cuestiones acerca de las ventajas, inconvenientes y dificultades de semejante trabajo; en el prefacio de su obra las ha tocado el señor de Berriozabal, y creemos que para dar ideas claras sobre el particular nada más á propósito que sus mismas palabras.

«El Padre Maestro Fray Diego de Hojeda, dominico de Lima, hallándose de regente de los estudios de su convento, compuso en los primeros años del siglo diez y siete, un poema, divino por su objeto, por la admirable maestría de su estructura, por la inmensa erudición que encierra, por la elevación de sus pensamientos, por la ardencia poética de sus afectos, por la extensión y grandeza de su plan, por sus imágenes altas y atrevidas, y finalmente por su exquisito sabor de mística y de santidad. Empero este grandioso monumento de gloria para su autor, quedó sepultado entre indignas cenizas en esa vandálica inundación del mal gusto, en que los Góngoras, es decir, los Alaricos y Atilas de la española poesía, redujeron á escombros el floreciente imperio de las letras. Este aménísimo campo assolado con tal barbarie se vió en breve cubierto de malezas, las cuales por más de una centuria hicieron olvidar las muchas preciosidades que bajo de aquellas ruinas se hallaban soterradas. En aquel tiempo fué moda vivir á obscuras. Sabido es que la aurora que disipó tan ominosas tinieblas, fué la aparición admirable de Luzán, Cadalso, Moratín, Meléndez y otros beneméritos ingenios, cuyos nombres pronunciamos de pocos años á esta parte con poco respeto, con ingratitud: olvidamos lo que les debemos: olvidamos que no es lo mismo conquistar un

reino que aprovecharse de las conquistas de nuestros predecesores: deslumbrados con los relumbrantes vuelos de algunas águilas extranjeras las seguimos con peligro de abrasarnos en los rayos del sol, apartando la vista del gracioso y apacible revoloteo del colorín de Batilo.

»Nadie ignora que con la restauración del buen gusto salieron del olvido en que yacían algunos de los muchísimos buenos poetas del siglo de oro de la lengua castellana; todos se afanaron por estudiar la docta y castiza antigüedad del idioma y las bellezas de su poesía en los autores que había ultrajado la generación anterior; los impresores los desagraviaron haciendo de ellos nuevas ediciones; diéronse á luz diversas colecciones, que si bien carecían del gusto, orden y delicadeza para elegir que en ellas echan de menos los maestros del arte, presentaban el oro como sale de la mina, entremezclado con otras materias no tan dignas de estima ni de valor tan subido. Pero aun dormía Hojeda en el polvo del olvido, ni era llegado el tiempo de su resurrección; los restauradores de la buena poesía estaban demasiado ocupados en cantar amorcillos profanos, y al otro lado del Pirineo recibía Voltaire el incienso de los ilusos. En otras naciones, principalmente en Alemania, agitaba la inspiración de Dios los ardorosos pechos de los vates; pero la Francia estaba de por medio. Las modas de esta nación vecina tarde ó temprano suelen venir á España: aquélla se ha levantado del abismo de la impiedad que es una tumba hedionda, ha visto que era inmundo el traje del cinismo y ya lo arroja avergonzada para adornarse del antiguo timbre de muy cristiana: es dicha de su suelo que en él se estén dando un ósculo de paz la religión y las letras. Ya se deja entender que el siglo en que vivimos á pesar de las tempestades que corre la nave del Estado, es más favorable que el pasado á la reaparición del grande Hojeda. El hecho lo confirma. En mil ochocientos treinta y tres publicó D. Manuel José Quintana una colección de los mejores trozos de nuestros poemas heroicos é insertó en ella diez y siete fragmentos de la *Cristia-*

da, y en el discurso crítico que los precede leemos entre otras cosas lo siguiente: «La parte sobrenatural de estos poemas, ó llámese máquina, que como condición épica es, según la opinión general, un accesorio preciso en ellos, era en la Cristiada la esencia verdadera de su argumento, puesto que en ella todo es maravilloso y divino. Su enlace, pues, y su oportunidad, no era por lo mismo tan difícil aquí como en las fábulas puramente humanas, aunque era á la verdad mucho más arduo su desempeño. Pero no hay duda en que está grandemente concebida en la Cristiada esta alta composición en que los hombres, sin saber lo que hacen, persiguen, atormentan y ajustician á su Salvador; en que los espíritus infernales inciertos al principio del gran acto que se prepara, dudan, averiguan, después tratan de impedirlo por medio de equidad y de blandura, y desengañados al fin y furiosos de no poderlo estorbar, acrecientan hasta un punto sobrenatural la rabia y crueldad de los sayones como en venganza de la mengua que van á padecer, mientras que los moradores del cielo conmovidos á un tiempo de dolor, de horror y de maravilla por lo que se consiente á los hombres con el Hijo de su Hacedor, bajan y suben de la tierra al cielo, del cielo á la tierra á suministrar aquí consuelos, allí esperanzas, más allá firmeza y resignación, y algunas veces terror y espanto, ya que no se les permiten ni la defensa ni el castigo. Dios en lo alto, inmóvil en sus decretos, llevando á cabo la obra acordada en su mente para beneficio de los hombres, y su Hijo en la tierra prestándose al sacrificio y sufriendo con toda la majestad y constancia de su carácter divino aquel raudal de amarguras y dolores que vierte sobre él la perversidad humana. Así el cielo, la tierra, los ángeles, los demonios, Dios y los hombres, todo está en movimiento, todo en acción en este magnífico espectáculo, donde la pompa y brillantez de las descripciones, la belleza general de los versos y del estilo corresponden casi siempre á la grandeza de la intención y de los pensamientos.» Hasta aquí el Sr. Quintana.

»Quien lea este magnífico bosquejo, se admirará sin duda de que la Cristiada no sea el poema más célebre del mundo, ó al menos atribuirá su obscuridad á una causa grave y misteriosa; pero el mencionado crítico desenvuelve este enigma, haciendo una larga enumeración de los defectos que cometió el grande Hojeda al ejecutar el plan que había ideado con tan prodigiosa perfección; enumeración que me abstengo de copiar, porque los aficionados pueden verla en el autor que he citado como el único que ha hablado de esto.

»Quisiera yo que no fuesen tan raros como son los ejemplares de la antigua Cristiada, pues teniéndola á la vista se me podría disculpar y aun agradecer el atrevimiento de haber derribado con ardor y con brio juvenil aquel viejo y desmedido edificio, que yacía en la soledad y el abandono, para edificar sobre sus mismos cimientos y con el oro hallado entre sus ruinas, otro nuevo palacio más hermoso para el Rey de los cielos. Pudiera haber hecho del todo mía la gloria de esta nueva fábrica construyéndola con el caudal de ideas y con el plan ajeno; pero ¿á qué fin aumentar el número de los plagiarios ocultos que, engalanados con robos, se avergüenzan de decir «esto no es mío?» Tan lejos estoy de semejante ratería, que mi anhelo de engrandecer la memoria de Hojeda ha rayado en un entusiasmo no estéril ni infecundo sino eficaz y activo, para con nueva lozanía levantarle de su sepulcro, y generoso para cederle las flores con que he retejido la corona de su inmortalidad.

»Diré pues lo que he hecho para lograrlo. Copiar en miniatura su cuadro gigantesco. He dado más vida á las fisonomías, rápido movimiento á las figuras, y á la acción más calor, más variedad, más energía, más vuelo. ¿Cómo? conservando en lo posible el grandioso plan del antiguo poema, sus ideas, y hasta sus versos cuando son buenos ó pueden convenir á las nuevas dimensiones del mío; creando imágenes nuevas; retocando y avivando las antiguas; suprimiendo todo lo frío, todo lo difuso, todo lo insípido;

poniendo de mi caudal las pinturas del infierno y los episodios de Pedro y de los milagros contenidos en el canto segundo, quitando algunos otros que con su excesiva monotonía hacían muy pesada su lectura, á pesar de sus grandes bellezas de primer orden, corrigiendo en su mayor parte la versificación ó haciéndola de nuevo. A esto di el título de compendio cuando en 1837 publiqué en París el fruto de mi tarea, y envié aquella edición algo incorrecta á mi país ardientemente amado, la América meridional. La *Cristiada* había nacido en el Perú, y después de más de dos siglos volvía á presentarse rejuvenecida por un hijo de aquella religiosa república; y así era justicia que á ella volviese lo que por derecho le pertenecía. Algunos ejemplares traídos á España únicamente por regalarlos á varios amigos y no pocos que se repartieron en Francia y en Italia, han granjeado á Hojeda una porción de admiradores, poetas y no poetas, cuyos elogios no era de esperar que se prodigasen á un trabajo, que si bien se había acometido con el hervorillo que abrasa las venas del hombre en la fogosa y entusiasta edad de 22 años, no podía prometer la cordura y discreción necesarias para poner la mano sin nota de temeridad en un argumento épico. Pero aquí se ha verificado aquella tan sabida sentencia: *Audaces fortuna juvat*; por lo cual me he resuelto á dar al público esta edición mejorada con los adelantamientos consiguientes que hacerse suelen en la juventud y con las observaciones que de varias personas he podido oír y recoger en estos cuatro años. En literatura y en moral soy de parecer que nadie tiene motivo de avergonzarse por dar á sus obras toda la perfección posible, corrigiéndolas una y mil veces. Sé que los frutos de nativa hermosura tienen la belleza de Eva antes de su pecado; pero también arrebatan mi imaginación el maniqueo disoluto hecho doctor de la Iglesia, y la mujer impúdica hecha ángel de los desiertos; Agustín y María la Egipciaca transformados por su corrección y enmienda de carbones de iniquidad en soles esplendorosos de inmaculada justicia. Aplíquese

esta idea á las producciones del ingenio y se la verá confirmada en la presente.»

Dejando pues al juicio de los lectores el fallo sobre las cuestiones literarias que aquí podrían ofrecerse, nos contentaremos con hacer notar algunas de las muchas preciosidades que se encierran en la *Nueva Cristiada*.

Otros poetas españoles se han ocupado en revestir de formas sensibles á los siete pecados mortales, presentándoles en personificaciones á propósito para expresar sus deformidades características; pero mucho dudamos que en esta parte se haya escrito nada superior á las magníficas pinceladas del Sr. de Berriozabal, al pintarnos á Jesús en el huerto de Getsemaní con la misteriosa vestidura de las siete fajas.

Con pavoroso manto el firmamento
La noche melancólica cubria
Y con ronco zumbido el vago viento
En la celeste bóveda gemía,
Y lúgubre clamor de sentimiento
Aun el monte más duro despedía,
Cuando á Getsemaní Jesús llegaba,
Y en ondas de dolores se anegaba.

¡Ah, que de pecador tragedia triste
En figura de todos representa,
Y de sus culpas una ropa viste
Tejida en maldición y vil afrenta!
Intrépido vistióla y no resiste
Ser por ella arrojado en la tormenta:
La vestidura siete fajas tiene
Y culpa grave cada cual contiene.

En la primera está la majestosa
Libre Soberbia, grave y empinada,
En ancha silla de marfil preciosa,
Con regia pompa de ambición, sentada.
Ciñe su adusta frente nebulosa
Áurea corona de humo vil tiznada,
Y su erguida garganta collar rico,

Y para su altivez el mundo es chico.

La insaciable, tenaz, seca Avaricia,
De tristes ojos y coraje hambriento,
De oro cercada y llena de codicia,
Abre cien bocas, tiende manos ciento.
Con aquéllas da paz á la injusticia,
Con éstas de su bien busca el aumento;
De sangre de pequeños se mantiene
Y en la ropa el lugar segundo tiene.

Los treinta escudos con que al ciego Judas
Por la sangre de Cristo gratifican,
Están pintados, y con lenguas mudas
Su nefanda maldad allí publican.

¡Oh buen Dios! ¿Que á pagar por él acudas
¡Ay! con tus venas que tu amor explican?
¿Y él que te venda por tan bajo precio?
¡El altísimo Dios en tal desprecio!

Entre lascivos fuegos abrasada
Como el incendio de alquitrán terrible,
En la tercera parte dibujada
Se mira la Lujuria incorregible:
Ostentando su faz desvergonzada,
Su mano carnífera, vientre horrible
Y altivo cuello, con inmunda boca
A la encendida juventud provoca.

Con arrugada frente y secos labios,
Lanzando chispas de sus turbios ojos
Y de la boca horrisonos agravios,
Y con las manos prometiendo enojos
Entre Silas, Pompeyos, Julios, Fabios,
Guerras, victorias, armas y despojos,
Está la Ira fatal de brazo fuerte;
Voces da, piedras tira, sangre vierte.

Una mesa riquísima, de flores
Y diversos manjares adornada,
Cercando están valientes comedores
De gesto ufano y vida regalada.

Preciosos vinos, árabes olores
Rodean á la Gula destemplada
Que en los ricos palacios de los reyes
Impone torpes ó brutales leyes.

Sirven de rubias y tendidas hebras
A la Envidia de aspecto formidable,
Ensortijadas hórridas culebras,
Que le ciñen el cuello abominable.
Torva los yerros ve, mira las quiebras
De la gente en virtudes admirable,
É imperceptibles faltas desentierra,
Que el hombre frágil, aunque justo, encierra.

El postrero lugar ocupa ociosa,
Lánguida la Pereza en torpe lecho,
Allí en calientes sábanas reposa
Puestas las manos en el muelle pecho;
Allí sueña, allí duerme lagañosa,
La noche prolongando sin provecho;
Y aunque despierte al retemblar la tierra,
Luego los ojos nuevamente cierra.

Sentimos que el Sr. de Berriozabal cuidase hasta tal punto de la fuerza de la imagen en la descripción de la *Pereza*, que se dejase llevar hasta el mal gusto, permitiéndose el vocablo *lagañosa*; lunar que resalta tanto más cuanto que se tropieza con él, después de haber admirado lo magnífico de la versificación y de la poesía. Permítanos el ilustre autor tamaña severidad; bien sabe que en asuntos de crítica, si los trabajos han de ser concienzudos, es preciso dejar aparte las consideraciones de la amistad.

El congreso de los espíritus infernales es también un pasaje lleno de poesía. Después de tantas descripciones como se han hecho de la región de tinieblas y de sus terribles moradores, parecía difícil escribir nada que pudiese llamar la atención; sin embargo el autor de la *Nueva Cristiada* ha encontrado en su imaginación abundantes recursos para hacer su cuadro interesante, realzando además

la fuerza y brío del pensamiento con una versificación tan soberbia que hace resonar á nuestros oídos el fragoso estrépito de las bóvedas del Averno.

Del monarca infernal el furor sube
Recelando que Cristo sea el Verbo:
Torbellinosa la de incendios nube
Más le devora el corazón protervo:
La frente impía del infiel querube
Surcan más rayos, y el dolor acerbo
Desgarrándolas vierte en sus entrañas
Todo el raudal de sus atroces sañas.

Una torre de sierpes y alacranes
Sobre sus ígneas crines se encarama;
En sus oídos zumban huracanes
De alarido eternal que ronco brama;
A sus plantas revientan cien volcanes;
Le anega mar de hiel, betún y llama;
Con lanzas de diamantes agudas ciento
Está clavado al monte del tormento.

Con la tartárea trompa hondisonante
Sus rugidoras iras sempiternas,
Estremeciendo, en son horripilante,
Las pavorosas, lóbregas cavernas
Llaman al escuadrón centelleante,
Que de las claras bóvedas supernas
Cayó rodando á la mansión de llanto,
Do le horroriza perdurable espanto.

La hondísima región de la tiniebla
Un mar de sangre espumajosa inundá;
La retronante bóveda de niebla
Fuego devastador llueve iracunda:
Muchedumbre de crímenes la puebla;
La muerte con sus brazos la circunda:
Y de la eternidad la pesadumbre,
Forma su férreo muro y su techumbre.
De Luzbel al acento soberano

De espíritus se junta el bando fiero:
Blandiendo un rayo en su vibrante mano
El altivo dragón llega primero
Que por Jove adoró ciego el romano;
Y el que Apolo fingióse palabrero,
Segundo viene envuelto en lumbre roja
Que cual sol infernal chispas arroja.

Y el que saúdo presidió á la guerra,
Llevando el mástil de un bajel por lanza,
Y á cuyo carro retembló la tierra,
Con ignívoros ojos de venganza,
Que al más robusto corazón aterra,
Ya del obscuro rey llega á la estancia:
Y el que Chipre adoró por Venus bella,
Y el que culto exigió de la doncella.

También el diligente mensajero,
Que falso padre fué de la elocuencia,
Alado en pies estuvo allí ligero,
Solemne ostentador de antigua ciencia!
Espíritu en delirios lisonjero,
Gran pintor de fantástica apariencia;
Y el que á sus hijos devoró tirano,
Y el que fingió frenar el mar insano.

Y el oro vil que presidió al becerro
Por Dios tenido, y en crisol forjado,
Efecto pertinaz del loco yerro
Del pueblo de Israel desatinado,
El oro antiguo convertido en hierro,
Y de huey el aspecto conservado,
Bajó dando bramidos pavorosos
Con los dos de Samaria fabulosos.

Ni los Dioses en Méjico temidos
De aquel horrendo cóncave faltaron,
De humana sangre bárbara teñidos
En que siempre sedientos se empaparon:
Ni del Perú los ídolos fingidos
Que en lucientes culebras se mostraron:

Ni de Eponamón, indómito guerrero,
Deidad altiva de Arauco fiero.
Junto el Senado con solemne pompa,
La boca, que parece catacumba,
Abre el tremendo rey: cual son de trompa,
Cual airado huracán su aullido zumba:
Tormenta atroz que en trueno bronco rompa,
No con fragor tan hórrido retumba,
Ni terremoto que en tronante guerra
Derrumba montes y desgarras tierra.

«¡Principes, dice, torcedor agudo
Hoy más que nunca me traspasa el pecho!
Que Cristo sea el Verbo ¡ay de mí! dudo;
Y ¡oh dolor! ¡oh dolor! que lo es sospecho.
¡Ay de Luzbel! ¡ay de Luzbel sañudo!
¡Ay de Luzbel! ¡ay de Luzbel! ¿Deshecho
Será mi imperio? ¿Cerrará mis puertas
Estando al hombre las del cielo abiertas?

» ¡Mas ay!... ¡Deliro!... Buscaré camino
De saber la verdad: id luego todos
Y notad si es humano ó si es divino
Por estos nuevos y terribles modos.
Si el tronco de Dios excelso vino
Al cieno vil de los terrestres lodos,
Probado con deshonor y con violencia
Inhumana y atroz, tendrá paciencia.

» Volad, y por caminos diferentes
Afrentas procuradle nunca vistas,
Rudas mofas, oprobios indecentes,
A que tú, Cristo, con valor resistas.
Juntad soberbios pechos insolentes,
Manos y almas guerreras y malquistas.
Id presto, furias del estigio lago,
Y haced que sufra carnicero estrago.

» A los unos envidia mordedora
Y á los otros soplad soberbia altiva,
Y al vulgo adulador que en Salén mora,

Lisonja infame y abyección nociva.»
Al punto aquella horrificca y traidora
Alada multitud se lanzó activa,
Llevando al Salvador sañosa guerrá.
Y en vivo infierno convirtió la tierra.
El aire con asombros ofuscaron,
De fantasmas la opaca luz cubrieron,
Con mentiras las almas perturbaron,
De engaños los espíritus hinchieron:
Entre la ruda plebe se mezclaron,
Y en la gente más noble se ingirieron,
Derramando do quier iras, furores,
Cual lava los volcanes tronadores.

A más de las obras indicadas tiene el Sr. de Berriozabal otras varias: entre ellas la traducción de un poemita italiano de Angel Mazza, titulado *María al pie de la Cruz*, que ha publicado á continuación de las poesías de Lamartine, la de la historia de la milagrosa conversión del Sr. Ratisbonne del judaísmo á la religión católica, escrita en francés por el Sr. Barón de Bussieres, y la de la *Historia compendiada de la Religión*, escrita en francés por Carlos Francisco Lhomond. Inútil es decir que en estos trabajos no se ha mostrado inferior á sí mismo. La *Historia compendiada de la Religión* va precedida de algunos discursos del traductor, donde se encuentran pasajes, verdaderos modelos por las majestuosas galas del estilo y la pureza y corrección del lenguaje. También es notable su *Manual de los devotos de María*, que contiene oraciones y ejercicios piadosos en honra de la Santísima Virgen, á los cuales están concedidas indulgencias por los Sumos Pontífices, noticias y documentos de dichas indulgencias; y meditaciones para todos los días del mes sobre las perfecciones de su corazón, traducidas del italiano: y algunas poesías originales en loor de la misma Señora. En un siglo en que tanto campean la incredulidad y el indiferentismo, no se avergüenza el Sr. de Berriozabal de manifestarse cristiano y cristiano piadoso, que profesa la